

notas bibliográficas

PAUL CHAUCHARD. — "El humanismo y la ciencia". — Biblioteca "Razón y Fe" de Cuestiones actuales, Nº 48. — Editorial Razón y Fe, S. A. — Madrid, 1962. — 192 págs.

La técnica, hija del progreso científico, irrumpe hoy día en todas las esferas del existir humano. Consecuencia del progreso del espíritu humano, nos construye —paradójicamente— un mundo extraño, inhumano y deshumanizador, cuya atmósfera groseramente materialista hace imposible la vida humana. Los éxitos del progreso científico y técnico parecerían querer hacernos olvidar la angustia que experimentamos al ver amenazados por este mismo progreso ciertos valores que estructuran la esencia misma del existir humano. Asistimos a un fenómeno semejante al de la época renacentista, cuando una nueva concepción, la del humanismo del Renacimiento, se incorporaba a la vida. Ayer, el redescubrimiento de la antigüedad obcecaba al principio los espíritus en una reacción de desprecio por los moldes vigentes y una tendencia a absolutizarse como razón primaria del obrar humano. Hoy, la ciencia y la técnica —que se saben necesarias para el bienestar y progreso de la humanidad— ofuscan a aquellos de sus cultores que falsamente concluyen a la caducidad de nuestra vieja cultura tradicional, crisol de donde emergió la ciencia. La posición antagónica de un humanismo vuelto hacia el pasado y que no tiene en cuenta las adquisiciones de la ciencia y del progreso, actitud tan extremista como la señalada para aquellos cultores de la ciencia, provoca una situación de campos irreconciliables: ciencia por un lado, y humanismo por otro. En su orgullo de maestros del mundo moderno, los científicos y los técnicos se sienten tentados a desprestigiar esos "pensadores de salón" que ni siquiera conocen el átomo, la psicología del cerebro o la evolución de las especies. Por su parte, frecuentemente el humanista que no reposa sobre la objetividad científica siente desprecio hacia el científico y el

técnico, ese ser tan "bajamente materialista". Ebrios de su poder, aquellos lo creen todo posible. Estos, no ven en el poder técnico más que una obra diabólica, deshumanizadora y destructora de la civilización. Excelente actitud para un perfecto diálogo de sordos...

A Dios gracias, los que confiesan no pertenecer más que a uno de estos dos campos empiezan a no sentirse a gusto. Ya muchos están de acuerdo sobre la insuficiencia del mundo científico y técnico, que priva al hombre de valores esenciales. ¿Pero es menester añadir esos valores desde el exterior para completarlo? También hay acuerdo acerca de la insuficiencia de un humanismo que no parece coincidir con la realidad. ¿Cómo ajustarlo a ésta? ¿Cómo lograr la integración del hombre de hoy en el hombre de siempre? Y aquí llegamos al aporte eminentemente positivo que hace Chauchard para la estructuración de un nuevo y verdadero humanismo: el que él denomina "humanismo científico". El hombre es una realidad respecto a la cual existe un punto de vista científico. Lo que éste nos enseña, sugiere que los diferentes puntos de vista del espiritualismo tradicional tienen posibilidades de ser verdaderos y pueden ser incluidos en el campo científico en vistas a un conocimiento total del hombre. Mediante las mismas técnicas que le son propias y con las que creía negarlos, la ciencia presentará los valores del humanismo, y ésta será su contribución al mismo. De este modo, la objetivación por parte de la ciencia de la existencia de lo subjetivo y espiritual, permitirá señalar las condiciones objetivas de la subjetividad (el neurofisiólogo jamás conseguirá embotellar el alma, pero si quiere ser exacto en cuanto científico, tendrá que precisar todas las condiciones cerebrales de la integración psicológica consciente). Por su parte, la ciencia ya no minimizará al hombre sino que, respetando la espiritualidad humana, será mucho más realista y objetiva. Pero esto lo habrá logrado por no ser ciencia puramente objetiva sino reflexión filosófica de una

subjetividad sobre la objetividad que la condiciona. La ciencia, concebida así como reflexión del espíritu filosófico del científico sobre el análisis experimental de la realidad, será más ciencia y será humanismo puesto que será una llamada a la síntesis que reúna todo lo que concierne al hombre.

Reconciliados los dos campos —ciencia y humanismo— por el progreso de la ciencia, esta ciencia que parecía neutra u hostil a los valores humanos, por razón de la luz que derrama sobre el hombre debe permitir apaciguar el conflicto de los humanistas ateos —partidarios de la absolutización y autonomía del hombre— y los humanistas cristianos —para quienes el hombre no se realiza sino en el reconocimiento de su dependencia—. No que la ciencia pueda demostrar la existencia de Dios, sino que puede establecer una convergencia más probativa entre el hombre —del cual nos facilita el cuadro objetivo— y el cuadro de la fe.

En el primer capítulo (Conflicto de humanismo y olvido de valores), Chauchard muestra la posibilidad y utilidad de este uso de la ciencia al servicio del humanismo. Trata luego de demostrar que esto no es salir de la objetividad científica, sino dar un puesto de preeminencia en el plano científico a la búsqueda de la norma humana (Biología, ciencia normativa). Estudia a continuación la aplicación de esta ciencia humanista al servicio de las manifestaciones propias del hombre en el plano espiritual (humanización de las ciencias humanas, medicina humanista, psicología y conciencia, sociología normativa, economía humana, educación y cultura humanistas, filosofía política...). y concluye precisando los límites de este humanismo científico —importantísimo y autónomo, pero fragmento del conjunto de esfuerzos de la razón humana para comprender y servir al hombre en todas sus dimensiones.

J. Luzzi

SANTIAGO DE ESTRADA. — "Nuestras relaciones con la Iglesia". — Hacia un Concordato entre la Sede Apostólica y el Estado Argentino. — Ediciones Theoria. — Buenos Aires, 1963. — 199 pp.

En este nuevo aporte la Biblioteca de Ensayistas Contemporáneos, el tema de las relaciones Iglesia-Estado es tratado con amplitud de miras, clara visión y conocimiento profundo del mismo en base a experiencia y trabajo personal. Su autor, el Dr. Santiago de Estrada, desempeñó

la Embajada ante la Santa Sede desde 1958 hasta 1962, años fructuosos en cuanto a resultados obtenidos para un posible replanteamiento jurídico de las relaciones Iglesia-Estado en nuestro país. Interrumpida su gestión por los acontecimientos de marzo de 1962, el Dr. Estrada regresó a Buenos Aires para asumir la cátedra de Derecho Público Eclesiástico en la Universidad Católica Argentina Santa María de los Buenos Aires.

Descienden los temas tratados desde los principios generales filosófico-religiosos sobre las relaciones entre el cristianismo y la sociedad temporal, a los aspectos más concretos de las relaciones entre la Iglesia Católica y el Estado Argentino. Estudioso de los antecedentes históricos de estas relaciones, el Dr. Estrada analiza los orígenes hispánicos del regalismo argentino y sus concretas manifestaciones en la Constitución Nacional de 1853: el pase o "exequatur", la admisión de Ordenes Religiosas, el Patronato Nacional y el presupuesto de culto.

Especialmente se detiene, dada su mayor trascendencia, en el estudio del régimen de Patronato y su práctica en el país, haciendo notar las modificaciones introducidas a partir de 1958 en su funcionamiento, a fin de simplificar y adaptar más a la realidad el ejercicio del mismo. Teniendo en cuenta los tratados y concordatos suscritos por la Santa Sede con otros gobiernos americanos y mundiales, pasa el autor a considerar las posibles reformas constitucionales y fórmulas de solución para este problema, trabajando en base a un margen de comprensión y adaptación a la realidad nacional y a la época en que vivimos, libre de los anacronismos regalistas y por encima de las pasiones encontradas que suele levantar en nuestro medio, desgraciadamente, el tema de las relaciones con la Iglesia cada vez que es ventilado.

Junto a incursiones en los terrenos de la educación, el régimen matrimonial, días festivos, etc., con consideraciones sobre la posición laicista y posibles soluciones más de acuerdo con la tradición nacional y los derechos de la Iglesia, se propone una solución concordataria para los nombramientos episcopales y se adjunta el texto del concordato proyectado.

Siempre en tono de mesura y equilibrio, el autor vuelca su opinión hacia salidas que aseguren la más amplia libertad a la Iglesia, sin desmedro de los lazos que la unen al Estado nacional. En síntesis, una firme posición basada en la experiencia y una clara indicación del camino a seguir en esta materia.

Raúl Jorge Artigas, S. J.

SALVADOR BLANCO PIÑAN. — "Juan XXIII a los seminaristas. Segunda parte de "Sola la esperanza de la Iglesia". — Ediciones FAX. — Madrid, 1961. — 120 págs.

La colección "Regalo del Papa" recoge la doctrina pontificia dada a las diversas profesiones. En este pequeño volumen, Blanco Piñan reúne las palabras que S. S. Juan XXIII en diversas ocasiones dirigiera a los seminaristas, los pastores de mañana, organizándolas por temática.

La vocación: Ministerio y dignidad del sacerdote; correspondencia a la vocación; la respuesta puede darse en todas las edades; fidelidad a las exigencias de la vocación sacerdotal; Cristo da la fuerza para corresponder a su llamada.

Vida de oración: Oración continua, meditada, reflexiva; hacerse hombres de oración; los salmos, fuente de oración.

Los tres amores en que ha de incardinarse la vida del seminarista: Cristo, centro de la fe y de la vida; la Iglesia, inseparable de Cristo; María Sma., nuestra madre y protectora.

Las virtudes que Dios espera de cada seminarista: La pureza de corazón, condición indispensable para el servicio desinteresado del prójimo; la mansedumbre y humildad, el amor a la cruz; la caridad, que allana las dificultades y garantiza contra las caídas graves; las virtudes naturales, no sólo útiles sino necesarias; formarse en el ideal de perfección que Dios exige.

El estudio merece especial atención en las palabras de Juan XXIII. El ignorante, el incapaz, no puede ni debe ser ordenado sacerdote. La Sagrada Escritura y su estudio constante y profundo, abrirá al seminarista los horizontes de una vida interior profunda y misteriosa. Los estudios eclesiásticos, en función de la preparación para la vida pastoral, serán el aliento más vivo de sus propósitos. Santamente sabios, los seminaristas han de precaverse contra la tentación de parecer originales y modernos.

No dudamos que la lectura de estos bellos discursos de Juan XXIII alentará a los seminaristas para llegar santificados a la meta de su excelsa vocación.

J. L.

CIEN PROBLEMAS DE CONCIENCIA. — recopilados por GIOVANNI ROSSI. — Editorial Mundo Moderno. — Buenos Aires, 1962. — 560 págs.

A invitación de "Pro Civitate Christiana", un grupo de teólogos, juristas, filósofos, médicos, políticos y psicólogos de reconocida notoriedad y probidad, escri-

ben sobre cien problemas morales escogidos entre los más inquietantes de la vida contemporánea. Imposible dar en estas pocas líneas idea acabada de su rico contenido. Cristianismo y acción política, libertad y estado, pena de muerte, suero de la verdad, huelga económica y huelga política, guerra e insurrección, espionaje, suicidios heroicos, trasplante de órganos y tejidos, experimentos biológicos sobre animales y sobre el hombre, parto sin dolor, esterilidad conyugal, aborto terapéutico, fecundación artificial, educación sexual, espiritismo, astrología, narcoanálisis e hipnosis con fin terapéutico, psicoanálisis, secreto profesional, casas de tolerancia, deportes peligrosos, divorcio, comunismo y liberalismo, ética de la información, concursos de belleza, etcétera: he aquí algunos de los temas tratados tomados al azar.

Una larga selección (más de cien páginas) de discursos de Pío XII, relacionados con los temas estudiados en el libro, permiten al lector encontrar en un solo volumen la aclaración del experto y la sabia enseñanza del Magisterio de la Iglesia.

El copioso índice alfabético de materias y nombres facilita la rápida consulta de este libro de viva actualidad que contribuirá, sin duda, a hacer cada vez más cristiana la vida individual, familiar y social de sus lectores.

J. Luzzi.

SALVADOR BLANCO PIÑAN. — *Buscad primero el Reino de Dios.* — Pío XII y la actividad mercantil. Regalo al comerciante. — Ediciones FAX. — Madrid, 1962. — 144 págs.

La profesión de comerciante, tan duramente combatida por algunos, encuentra un ilustre defensor en el gran Pío XII, el cual no por eso deja de poner en guardia al comerciante contra los graves peligros a que está expuesta su conciencia cristiana, al par que lo alienta a practicar las virtudes más propias de su actividad.

La primera parte señala las directrices que tocan a la actividad mercantil en general; la segunda, las orientaciones referentes a las diversas formas particulares de comercio.

La simple enumeración de los capítulos tratados, da excelente idea del rico veneno doctrinal de esta recopilación: la Iglesia y la dignidad de la profesión mercantil; la libertad de comercio; cualidades del buen comerciante; peligros de esta profesión; espíritu de colaboración requerido en los comerciantes; "comerciantes cristianos". Las orientaciones particulares recogidas por Blanco Piñan en este

enjundioso libro, se refieren a los contables, los viajantes e intermediarios, los editores, los libreros, los distribuidores de víveres y los estanqueros.

Hermoso compendio de moral para comercantes, profesión quizá la más llena de peligros, cuya divisa debiera ser el texto evangélico de donde el autor tomó el título del libro: "Buscad el Reino de Dios y su justicia, y lo demás se os dará por añadidura".

J. L.

RAYMOND ETTELDORF. — "La Iglesia Católica en el Oriente Medio". — Colección "Perspectivas", Nº 25. — Ediciones FAX. — Madrid, 1962. — 308 págs.

"El drama humano original del primer Viernes Santo se continúa hoy día. Sólo hay diferentes actores que representan los mismos papeles... El individuo que desempeña el papel de Pilato será quizá un intelectual agnóstico que repite sin cesar: ¿Qué es la verdad? O podría ser un profesor de universidad que propaga el escepticismo a manera de erudición... Jerusalén no hace más que reflejar la negativa de gran parte del mundo que no quiere aceptar a Cristo, que ignora lamentablemente su doctrina, que mira con menosprecio a su Iglesia. Y refleja, igualmente, las sectas y disensiones que dividen a sus errantes seguidores".

Estas palabras que encontramos en las primeras páginas del libro comentado, dan la tónica trascendente de su contenido y quizá sean la síntesis más acabada de nuestro momento histórico. El sólo título de esta obra trae a nuestra mente occidental imágenes de paisajes exóticos, de pueblos misteriosos, de sacrificados misioneros con la Cruz en alto. Pero de alguna manera sentimos que no tenemos nada que ver con ellos, que están más allá de nuestra responsabilidad y alejados de nuestra moderna concepción de la vida.

El mundo occidental ha vuelto la espalda a la cuna de su civilización y el mundo católico ha olvidado la deuda de gratitud que tiene con el Oriente Medio. Ahí nació nuestro Salvador, allí predicó, sufrió, murió y resucitó para redimir al género humano. Ahí fundó la Iglesia católica, mensajera de la Redención para todos los hombres del mundo. Sin embargo, tomando solamente el ejemplo de Jordania, nos enteramos de que el 97 por ciento de la población no es católica. ¿No es ésta una señal viva de nuestro fracaso? Señal y símbolo del Oriente Medio,

del cual hace mucho tiempo que Cristo vive desterrado casi por completo.

Cabe entonces preguntarse con la misma angustia del autor: "¿Dónde están hoy día, en la tierra natal de Cristo, los seguidores de Cristo?"

A lo largo de ocho capítulos plenos de sentido estético y comprensión humana, Mons. Etteldorf despliega ante nuestros ojos a veces asombrados, angustiados siempre, un panorama sintético pero muy bien documentado, de la situación de la Iglesia católica en el Oriente Medio y de los problemas de las comunidades separadas, su originalidad y pintoresquismo, la heroicidad de su pobreza y la importancia de su testimonio en un mundo de no creyentes.

Jordania, donde la mayoría de la población no acepta al Salvador y donde los comunistas reviven el complot para asesinarlo; Israel, a donde los judíos han regresado después de veinte siglos de destierro y persecución, donde siguen buscando al Mesías que fue uno de ellos y al que no reconocen, donde la mera supervivencia física de la Iglesia es un problema, donde muchos cismáticos que pidieron ser recibidos por la Iglesia Católica debieron ser despedidos por el obispo melkita de Galilea "porque no puedo darles sacerdotes" según sus textuales palabras.

Sin embargo, la presencia de sacerdotes en las comunidades judías sería tolerada por las poblaciones, es decir que podría partirse de un elemento básico del apostolado: la simple presencia de la Iglesia, cuyo fruto mayor consistiría en disipar prejuicios. Como punto de partida el autor propone el establecimiento de pequeños centros monásticos en Israel, y con esa su manera tan inquietante de formular preguntas que sacuden hasta lo más profundo de nuestra conciencia, inquiere: "¿El monasticismo occidental, pone realmente a prueba toda su potencialidad apostólica en otras partes del mundo?"

En lo que respecta al problema judío en relación con el catolicismo, leemos con verdadero júbilo las afirmaciones de Mons. Etteldorf, basadas en las de Pío XI, cuando dice que la Iglesia ama a los judíos puesto que "todos, espiritualmente, somos semitas". El cristianismo es la continuación y plenitud del judaísmo. Razón más que suficiente para que los cristianos los amemos y nos preocupemos de su bienestar espiritual, profundizando el sentido trascendente del amor cristiano, amor que no admite prejuicios ni barreras mentales. Israel es quizá el capítulo más valioso de este libro, el más necesario para

cierto tipo de católicos y el más digno de ser meditado.

Egipto, cuna de San Antonio el Egipcio, reconocido como padre del monasticismo, instrumento divino de su nacimiento, no posee en la actualidad órdenes monásticas católicas. En cuanto a los obispos y sacerdotes, la mayor parte de sus esfuerzos y energías se gastan en mantener de una manera casi elemental la supervivencia de la Iglesia y de ellos mismos. Se pierden así excelentes posibilidades de atraer a los disidentes como los coptos separados, quienes, en realidad no tienen mayores prejuicios contra la Santa Sede. El problema consiste en que no hay suficientes sacerdotes e Iglesias para atenderlos.

Problemas similares se encuentran en Siria, Líbano, Irán, Iraq, Turquía. Las dificultades de la Iglesia ante el creciente nacionalismo árabe que, paradójicamente, considera al Cristianismo, de origen oriental, como importación de Occidente, sólo pueden comprenderse al observar la diferente trayectoria seguida por el nacionalismo en el Oriente Medio y en Occidente. Mientras que en Occidente el nacionalismo precedió con mucha anticipación a la revolución industrial, en el Oriente Medio el impacto fue casi simultáneo. Las poblaciones del Medio Oriente no sólo son "distintas" a las occidentales, sino que poseen una historia radicalmente opuesta. La civilización occidental, a pesar de sus períodos de decadencia, ha experimentado una continua evolución y desarrollo orgánico, mientras que la civilización oriental se ha mantenido en una relativa estabilidad.

Los cambios en las esferas política, económica y social han sido bruscos, casi repentinos: las crecientes dificultades de adaptación de países que de pronto se han encontrado con la independencia en sus manos y que al mismo tiempo se aferran tenazmente al pasado, deben ser estudiados con espíritu amplio y con un profundo sentido de apertura. Pero amplitud y apertura no son suficientes para solucionar el problema de nuestros "hermanos separados" del Oriente Medio, aislados y a la deriva en países no creyentes. Amplitud y apertura no bastan para dar testimonio de la Iglesia de Cristo en países donde su mensaje es ignorado. Es necesaria la presencia física, visible de la Iglesia católica.

En el noveno y último capítulo de esta obra, encontramos interesantísimos esbozos referentes al Oriente Medio como campo de batalla de las ideas. Entre ellos, el relativo a las técnicas de expansión del

comunismo es algo más que inquietante. La propaganda comunista en el Medio Oriente se consagra por entero a los intelectuales, en los que ve a los futuros líderes. Hay dos explicaciones para el hecho de que estos intelectuales, en su mayoría de religión musulmana, acepten el comunismo: o bien han perdido la fe en el Islam y buscan un nuevo sentido a su vida, o bien consideran que el comunismo y la religión islámica son compatibles. Para conciliar ambos aspectos, los estudiantes han recibido una preparación previa en Moscú. Una vez que dominan el estudio comparado de la teología islámica y del materialismo dialéctico y que saben manejar con soltura las escrituras musulmanas, son enviados secretamente a los países del Oriente Medio. De manera que mientras Occidente proporciona ayuda material al Oriente Medio, el comunismo le ofrece un credo, una concepción filosófico-teológica de la vida, aparentemente compatible con la religión tradicional. Evidentemente, tal como lo señala el autor, "la verdadera batalla que se libra en el Oriente Medio es por el alma del hombre".

En cuanto a los hermanos separados, el sentimiento en favor de la unidad es unánime, pero debe traducirse en movimiento, en acción, en labor llevada a cabo por misioneros que conozcan las costumbres, la psicología, el rito y la lengua de aquellos países. Es más urgente ocuparse de los cristianos que buscan sinceramente la unión, que preocuparse tanto de los que se oponen a ella porque carecen de una visión universal del problema.

La evidente seriedad de la información y de los datos estadísticos, las referencias a puntos importantes de la historia de la Iglesia y de la de los países a los que se refiere, el estudio maduro aunque por supuesto no definitivo ni exhaustivo, de la situación de la Iglesia Católica en el Medio Oriente y de las comunidades separadas, la amena descripción de lugares fascinantes y costumbres pintorescas, prestan a esta obra, además de la importancia de los aspectos ya citados, valor literario y aún diríamos periodístico.

El prólogo data de diciembre de 1961. A lo largo de dos años en esta nueva etapa abierta por Juan XXIII, es mucho lo que hemos evolucionado los católicos en cuanto a espíritu de apertura, y mucho aún nos queda por hacer en ese terreno. Que sepamos darle a esta evolución un sentido trascendente que rompa las estrechas fronteras de este mundo occidental en que hemos vivido hasta ahora, depende de nosotros.

M. del C. Gagliardo

BONIFACIO BOROBIA. — "Acción sacerdotal católica". — Colección "Perspectivas", Nº 26. — Ediciones FAX. — Madrid, 1962. — 280 págs.

Actual e interesantísimo, valiente pero respetuoso y sólido diálogo sacerdotal el entablado por Borobia en estas páginas. No porque "siempre se ha hecho así las obras rinden el máximo de su eficacia. Y esto vale también para la realización histórica de las instituciones divinas. El sacerdocio, que esencialmente es ayuda y servicio directo al Obispo y por él a la Iglesia, ¿no necesita, quizás, en nuestra época, un replanteamiento accidental en sus modos de organización y de vida para ser igualmente un servicio directo a la Iglesia ecuménica? Borobia busca una "Acción sacerdotal católica", entendiendo cada una de estas tres palabras en toda su significación y fuerza. Las formidables fuerzas de la Iglesia, hoy un tanto dispersas y esclerosadas quizá, pueden y deben ganar en eficacia para conquistar el mundo para Cristo. Muchas de las inquietudes que agitan las revistas sacerdotales de vanguardia —desigual densidad sacerdotal y de seminaristas según las diócesis, el problema pastoral de las grandes urbes, el sacerdote funcionario, parroquias enanas y parroquias gigantes, fuentes vocacionales, etc.—, encuentran sensata cabida en la obra de Borobia.

El "Id y predicad a todas las gentes", eminentemente misionero, sugiere a Borobia la idea central que justifica la tupidísima problemática del libro: "la entrega a un viejo instituto misionero", es decir, la disposición de marchar a cualquier parte de la tierra para ejercer cualquier apostolado, renunciando a todo cargo y derecho y sin las trabas de la incardinación. Por supuesto, mientras ese mandato no se produzca —y puede no producirse nunca—, el sacerdote cumplirá con dedicación la promesa a su Obispo. Si se produce, el interesado quedará por el mismo hecho incardinado en la nueva diócesis o circunscripción. Ese "viejo instituto misionero", no es ninguna Orden o Congregación creada o por crear, sino la misma Iglesia de Cristo con los superiores, generales y provinciales que El mismo le puso: el Papa y los Obispos.

A la luz de este principio, Borobia examina temas como la legislación de ciertos cánones, la vida en común de los sacerdotes seculares, las Ordenes religiosas, etc. Y en todos ellos, la marca de lo concreto, de la sensatez y de la sumisión a la Jerarquía. Busca lo nuevo no por nue-

vo, sino si es bueno, y no titubea en revalorizar lo viejo si es bueno. No quiere escandalizar sino dialogar. Es un libro denso, vigoroso, serio, respetuoso y ágil.

J. Luzzi

FLORENTINO ALCANIZ y LEONARDO CASTELLANI. — "La Iglesia patristica y la Parusia". — Ediciones Paulinas. — Florida (Buenos Aires), 1962. — 360. págs.

He aquí un documentado estudio sobre lo que enseñaron los Santos Padres de la Iglesia acerca de la Parusia o segunda venida de Cristo. Sobre la base de una antología patristica excelentemente traducida y oportunas explicaciones, el texto original de Alcaniz —demasiado seco y técnico para el público— cobra vida y realce bajo la pluma expresiva de Castellani que lo encuadra en convenientes o necesarias elucidaciones. El objeto del libro no es dogmático ni apologético sino histórico. No pretende impugnar o defender el milenismo, sino exponer la actitud de los Santos Padres y Escritores Eclesiásticos de los cinco primeros siglos de nuestra era respecto al milenismo.

Un primer capítulo procura internarse en el complejo de ideas declarativas del milenismo. En esta doctrina, hay puntos en los cuales todos los milenistas coinciden, y otros en los que discrepan. Una buena traducción de los últimos capítulos del Apocalipsis, precede a las ideas milenistas principales, agrupadas en torno a los temas de Cristo y el Anticristo, la Iglesia de los viadores y la de los resucitados, y el fin del milenio. Una breve pero clara exposición de las diversas clases de milenismo, conforme se desarrolló en la historia, cierra este primer capítulo: El milenismo craso o carnal (el "kílasmo" o herejía de Cerinto, cubierto de improperios por los Santos Padres y prohibido por el Santo Oficio en 1940 y 1944); el milenismo espiritual (que entiende simbólicamente cuanto los textos con tropos o imágenes prometen de felicidad en la Nueva Jerusalén); y el milenismo mitigado o mixto (que interpreta literalmente la prosperidad terrena y los bienes temporales que describen los Profetas, al par que rechaza las exageraciones del milenismo craso). Se señala también la sentencia de quienes ponen cierto lapso de tiempo más o menos largo entre el desastre del Anticristo y la segunda venida de Cristo, cuando la Iglesia brillará en

máxima difusión, santidad y gloria en todo el mundo (Cornelio Alapide, Kna-benbauer, etc.); y, por contraste, la posición antimilenista (que interpreta el cap. 20 del Apocalipsis como una alegoría de la actual vida de la Iglesia, excepto los versículos 7 y 10).

Los cuatro extensos capítulos siguientes, que constituyen el grueso de la obra, estudian, Padre por Padre, todos los textos de los cuatro primeros siglos y los principales del quinto. El capítulo sexto, resume la doctrina patristica y se cierra con varios apéndices y un cuadro general de la posición de los Padres.

A muchos sorprenderá, quizá, el resultado de esta encuesta histórica; de hecho, podría sintetizarse la posición de los Padres en el siguiente cuadro:

En el siglo I aceptan el milenismo la DIDAJE y la Epístola a Bernabé; en el siglo II, San Papias, San Justino, San Ireneo y muchos otros; en el siglo III, Tertuliano, San Hipólito, Nepote, San Victorino, San Metodio, Commodiano, etc.; en el siglo IV, Lactancio, San Ambrosio y otros varios; en el siglo V, San Agustín y una "ingente muchedumbre".

Rechazan en cambio el Milenismo, en su acepción crasa, Cayo y Orígenes (siglo III), San Filastro, San Basilio Magno, San Epifanio, San Gregorio Nazianceno (siglo IV) y San Jerónimo, San Agustín en su segunda época, Cassiano, San Cirilo Alejandrino y Teodoreto (siglo VI). San Dionisio Areopagita (siglo III) y Genadio (siglo V) rechazan todo Milenismo.

J. Luzzi, S. J.

ALBERTO CATURELLI. — "La Filosofía en la Argentina actual". — Ed. Universidad Nacional de Córdoba. — Córdoba, 1963 — 113 págs.

Dedicación y gran esfuerzo significa condensar en un breve volumen de apenas un centenar de páginas, objetivamente, la especulación contemporánea de nuestro pueblo. Alberto Caturelli, profesor de la Universidad de Córdoba, con total independencia respecto de los que lo han precedido en esta tarea, según acota, presenta primeramente el panorama de la Argentina de postrimerías de siglo. "Materialismo en todas sus formas, krausismo, naturalismo, positivismo y cientificismo, en los cuales el universal sigue fagocitando la existencia singular de carne y hueso...". Neo-kantismo, fenomenología, escolástica, filosofía de la existencia y otras direcciones importantes del pensamiento a través de sus más destacados exponentes, a las que se adjunta una

bibliografía mínima pero efectiva: conforman nueve capítulos ágiles, cuya claridad y concisión hablan de la rigurosidad científica de un argentino que se supera constantemente.

A. M. Opacak

CARLOS SFORZA. — "Comentario a Gabriel Marcel". — Cuadernos de Crisol Literario. — Entre Ríos, 1963. — 24 páginas.

Si bien predispone favorablemente la arquitecturación general de este pequeño ensayo, y más aún lo dificultoso que resulta la exposición del pensamiento de Gabriel Marcel, el exceso de citas adventicias a la perspectiva del trabajo obstaculiza el comienzo de la obra.

El resto, por el contrario, gana en justeza anotando, a través de los personajes claves, situaciones definitorias en lo que hace a la comprensión del gran filósofo francés.

Con respecto a la edición, lamentamos los errores tipográficos y las notas al final de la paginación.

A. M. Opacak

CHARLES W. THAYER. — "Guerrilla". — Harper & Row, Publishers. — New York, Evanston and London. — 1963. — 195 págs.

Se presenta este interesantísimo trabajo sobre la guerra de guerrillas como "un estudio brillante y provocativo del porqué, aunque las guerrillas nunca ganan una guerra, sus enemigos a menudo las pierden... con ejemplos específicos y análisis de las actividades de guerrillas presentes y pasadas".

Mr. Thayer tiene un conocimiento experimental de la materia que trata. Militar y diplomático de profesión, hizo su carrera en el Foreign Service de los Estados Unidos. Desempeñó diversos cargos en Rusia, Alemania, Afghanistan y Persia antes de ser nombrado, en 1943, Jefe de la misión militar norteamericana junto al Mariscal Tito, entonces dirigente de los guerrilleros que resistían la ocupación nazi de Yugoslavia.

Desde la Segunda Guerra Mundial, comenta Jack Raymond en el "New York Times", "el uso de estas fuerzas no-con convencionales (las guerrillas) ha crecido espectacularmente. Muchas de ellas han sido dirigidas por comunistas, y muchas han obtenido éxito. En China, Yugoslavia, Indochina y Cuba, han derrotado a los poderosos ejércitos regulares. En Grecia, la península Malaya y Filipinas, han amenazado derribar los regímenes anticomunistas. En Chipre y en Kenya han

amenazado gravemente a los gobiernos, y sólo han podido ser derrotados por costosos esfuerzos militares, combinados con concesiones políticas de largo alcance.

Mr. Thayer examina todas estas situaciones, utilizando dramáticos episodios de la historia reciente para ilustrar las características básicas de la guerra de guerrillas, especialmente en lo que ellas difieren de las formas más familiares de guerra convencional. Analiza cómo en el pasado reciente han tratado los Estados Unidos de ir al encuentro de este desafío de guerra no-convencional en Viet-Nam y en la Bahía de los Cochinos, y finalmente discute la necesidad del predominio de lo político sobre lo militar en la dirección de este tipo de guerra "no-convencional".

Finalmente, concluye, para Mr. Thayer "la guerra de guerrillas no es ni una invención ni un monopolio de los comunistas. Es, más bien, una forma particular de guerra especialmente apropiada a las condiciones de nuestra época".

La traducción de este estudio al castellano será, ciertamente, útil y beneficiosa para su lectura: la misma palabra "Guerrilla", que es adoptada en otros idiomas para designar esta guerra, habla de su origen hispánico en la resistencia del pueblo español a la invasión napoleónica. Y la actualidad del tema en varios países de América Latina hace más deseable la obra del traductor.

R. J. A.

ANGEL APARICIO LAURENCIO. —

"Donde está el cadáver... se reúnen los buitres". — (Crónicas de la persecución religiosa en Cuba). — Santiago de Chile, 1963. — 203 pp.

Una crónica dolorosa del drama cubano se va desprendiendo de la lectura de estas páginas. Angel Aparicio Laurencio, su autor, ha sido dos veces exilado: la primera en Bogotá, bajo el gobierno de Batista, en 1958; actualmente, desde 1960, en diversos países de América. Fue sucesivamente Delegado del Consejo Revolucionario de Cuba en Brasil y en Chile, hasta su renuncia al cargo en 1963. En dos ocasiones ha visitado Buenos Aires como conferencista, invitado por la "Asociación por la Libertad de Enseñanza".

Se inicia el prólogo con las frases sentidas de Pedro Henríquez Ureña: "Ningún pueblo de América ha sufrido como Cuba en sus dos guerras de independencia, pero de ellas ha salido siempre con un ímpetu nuevo. No es frívolo el pueblo que en América ha dado más horas y más vidas por la libertad, en su rebelión de ochenta años".

El primer capítulo, "América confusa y desorientada", comienza por enfrentar

la realidad hispanoamericana tal como aparece ante el autor y otros tantos exilados cubanos: "Desunida y sin norte. Desunión y desorientación en el plano nacional y desunión y hasta aislamiento y discordia en el plano internacional". La conclusión es clara: "En la práctica, no existe solidaridad interamericana". "Hemos visto y estáis viendo impasibles cómo el pueblo cubano se desangra sin hallar la solidaridad del mundo libre, cómo vive muriendo en la angustia de saberse atrapado y aislado". Palabras duras, no siempre justificadas. Siguen serias acusaciones contra prominentes políticos americanos, especialmente chilenos y brasileños, por su equívoca posición ante el régimen castrista.

Los siguientes capítulos tratan de la revolución y la Iglesia Católica, y de la persecución religiosa en Cuba. Es analizada la actuación de los católicos y la evolución de sus sentimientos ante el régimen; estas páginas, bien documentadas y provistas de material fotográfico, dan cuenta clara de todos los ataques oficiales a la libertad de la Iglesia. Persecución, como lo prueban ampliamente los datos de este estudio, extendida a las obras de los protestantes, numerosas en Cuba y también "contrarrevolucionarias".

Cierra el libro una "Cronología de la persecución religiosa en Cuba", ya definitivamente perfilada en marzo de 1959, cuando el gobierno suprime la enseñanza religiosa de las escuelas públicas de acuerdo al laicismo estatal proclamado por la Constitución. Se siguen los intentos divisionistas de Castro en el seno de la Iglesia, y los atentados culminan en enero de 1961 con la ocupación de seminarios, centros de educación y asociaciones católicas por las milicias del régimen. En abril estamos en todo el rigor de la persecución religiosa: el Cardenal Arteaga debe refugiarse en la Embajada Argentina y son detenidos el Arzobispo de Santiago de Cuba, el Obispo Auxiliar de La Habana, Mons. Boza Masvidal (Rector de la Universidad Católica) y otros preladados. Sigue la nacionalización de todas las escuelas privadas en junio, sin indemnización, y el exilio forzoso de 131 sacerdotes y religiosos, en su mayoría españoles, conducidos por la fuerza al barco español "Covadonga". Entre los sacerdotes había 46 cubanos. Quedan en Cuba para atender las necesidades religiosas del pueblo (seis millones y medio de habitantes), seis obispos y 123 sacerdotes en 1962. Por disposición de Castro en septiembre de 1961, no se darán más permisos para procesiones religiosas, y los sacerdotes cubanos que no se sometan al régimen —anuncia— perderán la ciudadanía y serán deportados.

Bien está que se recuerden estos acontecimientos, hoy ya casi completamente ausentes de la memoria de millones de americanos. Sin ser silenciados por toda la prensa, no han tenido, sin embargo, el relieve necesario, y los dos años pasados desde que ocurrieron los han hecho quedar preteridos en la conciencia de los hombres, siempre olvidadizos cuando algo no les afecta personalmente, e inevitablemente sepultados en el aluvión diario de nuevas noticias y acontecimientos.

Cierra el libro una amplia bibliografía sobre el tema de Cuba y la revolución.

R. J. A.

MARIO HERNANDEZ SANCHEZ BARBA.

— "Historia Universal de América". — Madrid. — Ediciones Guadarrama, 1963. — 594 y 698 pp.

Si la profusa, difusa y confusa literatura, aparecida con ocasión del Sesquicentenario de la Revolución de Mayo, tuvo la virtud de poner de manifiesto que entre nosotros la ignorancia, no de los hechos pero sí de las causas de los hechos, era total o poco menos, la obra que reseñamos, además de confirmarnos de que esa ignorancia era real, y era anárquica y era caótica, nos revela la desconocida senda por donde habremos de ir.

Nuestra historia, y en grado algo mayor o algo menor se puede decir de la historiografía de los demás pueblos de origen hispanoamericano, es la gran mentira. Toda ella es una historia postfabricada para servir a intereses políticos o a ideologías izquierdistas o a lo que se creía más en tono con lo que se ha llamado y se llama libertad. Como Fritz, hemos buscado, en vano, la libra esterlina perdida, donde había un foco de luz, siendo así que había caído donde había oscuridad.

Como la tradición hispana era oscuridad y el enciclopedismo era luz, nuestros pseudo historiadores, desde Juan María Gutiérrez, que fue el primero de los grandes mistificadores hasta José Ingenieros, que fue el más grande de todos ellos, sin percatarse que toda mentira es fecundísima, ya que para sostener la una es necesario inventar otra y otra, han fabricado la gran mentira, compuesta de innumerables mentiras.

El solo título de esta Historia Universal de América es sorprendente por su originalidad y por su verdad. Sólo historiadores engrupidos o de escasísimas uces han podido sostener que la emancipación en sus respectivos países fue algo original, espontáneo, sin vinculaciones con el proceso en otros países, y es hasta pintoresco comprobar cómo, entre nosotros,

para sostener que el 25 de Mayo fue el primer paso hacia la libertad política en Hispanoamérica, se ha procurado ignorar, no ya lo acaecido en Quito, pero hasta lo sucedido en La Paz y en Chuquisaca, meses antes.

Por Historia Universal no entiende Hernández Sánchez Barba la historia de todas las regiones americanas, incluso la de Estados Unidos y del Canadá, ni entiende la comprensión de todos los hechos, desde los aborígenes hasta el día de hoy, sino los de la "América Indígena", los de la "América Europea" (sic) y los de la "América Americana" (sic), abriendo así nuevas ventanas, e inundando de luz los oscuros hechos del pasado.

Para esto, lejos de atosigarnos con hechos intrascendentes, puerilidades de la historia, y sin abrumarnos con fechas, y sin prestar atención alguna a lo episódico, ha sabido abstraer de la superficie moviediza y multiforme de los hechos históricos las líneas que siguen los fenómenos de fondo, hasta descubrir así su verdadero sentido. Para empresa tan ardua y original, el autor, que es profesor de Historia Americana en la Universidad de Madrid, ha debido percibir con firmeza los rasgos comunes dentro del variado haz de trayectorias históricas, pues sólo así ha podido presentarnos, como en efecto nos presenta, los rasgos capitales del desenvolvimiento total.

Sin dejar de ser un auténtico Manual de Historia de América, pasa por alto el autor las consabidas enumeraciones de datos, aunque consigna todos los imprescindibles, y su magna obra es, en gran medida, lo que otrora se llamaba una "filosofía" de la Historia. Llámese así o de otra forma, cierto es que Hernández Sánchez Barba nos ofrece un agudo y original análisis de la Historia de América que abarca la comprensión integral del hombre americano, desde el proceso primitivo de poblamiento hasta el día de hoy, y eso sin perder jamás de vista su esencial vinculación con las corrientes universales.

"Ya no se va, escribe el autor en "Propósitos", tanto a la descripción arqueológica de los objetos cuanto a la comprensión del espíritu que los creó con una específica vinculación a un impresionante e insospechado mundo de problemas que abarca toda la escala compleja constitutiva de la específica "situación" en que fue concebido y, técnicamente, convertido en efectividad. Preocupa más que la simple relación de las manifestaciones epiteliales, el análisis de aquellos factores que los posibilitaron; no interesa tanto la momia, ni el rictus anecdótico con que le sorprendió la muerte, cuanto el mundo de ideas que vivió, las misiones espiritua-

les que cumplió y los movimientos creadores que pudo producir".

Más adelante agrega que "se pretende convertir la Historia en una empresa razonada de análisis" y hace suyas las palabras de María Block: quien no lo logre, no pasará, en el mejor de los casos, de ser un obrero de la erudición manual. Aleccionadoras son estas expresiones, y el autor las comenta a continuación, al decirnos que "ha pasado la hora y el tiempo de considerar los hechos históricos como simples hojas de calendario; ahora es preciso revestirlos con toda la solemne dignidad que tienen los actos del hombre, cuando se encaminan hacia metas nobles; por ello ha pasado también el tiempo de los juicios disyuntivos entre "buenos" y "malos"; no es misión del historiador averiguar o concretar, casi siempre profundamente arrastrado por sus propias reacciones personales, quién fue "el bueno" y quién "el malo" en los acontecimientos del pasado; la misión del historiador es comprender, tanto al bueno como al malo, calibrar y analizar las aportaciones que lo mismo unos que otros han efectuado al acervo universal".

A la luz de estas manifestaciones, puede el lector barruntar lo que pretende ser y en efecto es, esta voluminosa, novedosa y sustanciosa publicación, que de facto se yergue por encima de todos los manuales publicados hasta la fecha. Aún más: no será fácilmente superada.

Podría creerse que por no ser americano el autor de esta magna obra, ésta ha de ser forzosamente unilateral, incomprendida, indocumentada, siendo así que su calidad de extranjero, bien pertrechado de todo lo publicado en América, le ha capacitado para ver a distancia, no las protuberancias terrestres que apenas discierne el geodesta, y que poco o nada modifican el relieve, sino las grandes alturas, las altas cumbres, y las blancas y curvadas sendas que a ellas ascienden. El viajero que hace la travesía de Chile a Mendoza sólo obtiene una magra idea de lo que son esas alturas, y una y otra vez se pregunta ¿dónde está la tan ponderada cordillera de los Andes? pero cuando desciende por el caracoleado camino de Villavicencio y cuando, a distancia de diez o más kilómetros de la cordillera, vuelve sus ojos al Poniente, queda asombrado y empuñado ante aquel enhiesto paredón, que cruzó horas antes, sin percatarse casi.

Sabemos que en Madrid, y durante muchísimos años, la investigación y la preocupación por la historia de América, sin preconcepciones ni prejuicios, sin filias y sin fobias, ha sido la vida misma, la obsesión constante, de Hernández Sánchez

Barba y ello explica el que haya roto los moldes tradicionales y elaborado otros, más de acuerdo a la historiografía moderna y más en consonancia, así lo creemos, con la verdad histórica. Esos dos volúmenes de tan densa lectura han sido elaborados sobre los hechos documentalmente ciertos, han sido concebidos con un básico sentido social y han sido trabajados de acuerdo al vigoroso movimiento actual que tan poderosamente ha ampliado las fronteras de lo histórico.

Por esto, tratase de un trascendental, tanto como novedoso, replanteamiento del acontecer histórico en el Nuevo Mundo, y que gira sobre tres ejes: América Indígena, América Europea y América Americana, y en cada uno de estos tres planos el autor nos ofrece, con claridad y precisión, con hondura y con anchura, con lógica y con evidente imparcialidad, las estructuras políticas, ideológicas, económicas y culturales.

Si en la parte de la América Indígena, y en la de la América Europea ha sabido el autor estructurar su magno ensayo con formas nuevas, en ellas también ha podido consignar atisbos y aun intuiciones nuevas, y otro tanto hay que decir de la parte referente a la América Americana, y aquí hay que destacar en primer término su tan original como bien fundada teoría de que fueron las doctrinas del Padre Feijoo las que iniciaron el secular proceso del movimiento emancipador hispano-americano. Se trata, según el autor, de una empresa de emancipación estructural, teoría que revaloriza y presta visión nueva a ese trascendental fenómeno histórico. Lo que hemos sostenido que fue Francisco Suárez el doctrinario de la revolución hispano-americana hallamos en esta teoría del catedrático madrileño una nueva confirmación de nuestra tesis, ya que Feijoo, tan popular por sus escritos en el Río de la Plata, durante el siglo XVIII, era un eco, algo diversificado, de las ideas suarecianas sobre el origen del poder.

Sintetizando, hemos de decir que si esta Historia Universal de América, *prima facie*, nos impresionó desfavorablemente, y entonces la ubicamos por debajo de la Historia de América, también digna de toda loa, de que es autor Padrón Morales, un examen atento nos ha obligado a darle la primacía entre cuantos manuales de esta índole han llegado, hasta ahora, a nuestra noticia. Notaremos, sin embargo, que, a diferencia de las demás obras de esa naturaleza, ésta no es para principiantes sino para proficientes, no es tanto para alumnos, adolescentes aún, sino para universitarios, maestros ya, y profesores.

Guillermo Furlong, S. J.